



CUENTO

Desperté en un cuerpo

I woke up in a body



Artista: Henk Schilling (1919) Dream Dancer

Luisa Fernanda Angulo Mosquera

Es estudiante de Licenciatura en Lenguas Extranjeras en la Fundación Universitaria Juan N. Corpas. Ha participado en proyectos de investigación y mantiene un profundo interés por el lenguaje como herramienta de expresión y transformación. Disfruta la escritura como un espacio para explorar emociones, ideas y realidades diversas, encontrando en ella una forma de reflexión y creación personal.

Correo electrónico: luisa-angulo@juannncorpas.edu.co



Recibido: 01/08/2025
Aceptado: 03/10/2025

"Como la lluvia que cae, mis palabras buscan dejar huella en la tierra que tocan".

Soñé que despertaba en cuerpos ajenos, mi piel estaba cansada de tanto sol y de la dureza de la tierra, el viento rozaba en mi cara y el polvo de caminos que nunca había recorrido, estaba en un lugar donde el silencio era tan pesado que abrumaba, sentía en mi pecho recuerdos que no eran míos.

Aún todo me parecía pequeño. A esa edad no había recorrido el mundo como deseaba, pero hay cosas que sí sé: en las calles de ese pequeño Edén, la tierra dorada guarda todavía oro; el mar y el cielo se extienden en un azul profundo e infinito; y el rojo de la sangre manchaba aún las calles de quienes entregaron su vida por esta nación.

En cada rincón de la patria, la diversidad se despliega como un arcoíris. Es el país que canta en mil acentos y lenguas, se escucha el eco de las montañas, el susurro de las selvas, el silbido del llano y el azote del mar. Sin embargo, detrás de la belleza y el dolor, hay voces que reclaman ser escuchadas y entre tantos colores, también se esconden sombras de identidades negadas, vidas desplazadas, manos invisibles y comunidades olvidadas.

Durante toda mi vida he escuchado diferentes historias, pero estas merecen ser contadas. Mis pies han recorrido lugares a los que la guerra y el dolor me han impedido regresar, he caminado por pueblos, veredas, ciudades y barrios donde ser diferente significa cargar con una sombra y también de quienes aprendieron

a hacerse invisibles para sobrevivir. Te contaré las historias de quienes han estado afuera, no por elección propia, sino por un muro que otros levantaron.

Desperté en un cuerpo: Sentí el frío de las montañas, mis manos agrietadas. Eran las de un campesino que labraba la tierra, en mis ojos había esperanza, aquella que se perdió una noche al escuchar fusiles y minas que explotaban otros cuerpos distantes. Ese suceso me arrebató mi finca, ahora en la ciudad extraño el aroma del café tostado, el olor a campo y camino en las calles donde me llaman forastero.

Desperté en un cuerpo: Tenía la piel como el cielo cuando llega la luna, los cabellos tan preciosos que crecían hacia arriba como si buscaran las estrellas. Mi cuerpo danzaba y me movía al ritmo del tambor. Cuando de repente, mis recuerdos me llenaron de miedo y recordé que la comunidad vivía aislada, los sonidos del tambor que antes tocaban en las fiestas ahora eran para anunciar el peligro. Me entristecí porque en estos tiempos la violencia crece y crece como el río cuando llueve en mi pueblo.

Desperté en un cuerpo: La garganta tan seca que apenas podía pronunciar una palabra, los labios tan secos y ásperos, el sol tan ardiente que el viento levantaba la arena caliente, mi barriga tan pequeña pero el hambre feroz como si fuera mentira que hace un par de días no pruebo bocado. Los brazos de mi madre me sostenían firme, su piel color cobrizo, su cabello negro y liso, sus vestidos coloridos y me susurraba "Ani'iya taya" para que el sueño llegara más pronto que la desesperanza.

Desperté en un cuerpo: Estaba en una gran ciudad, todos me miraban diferente, algunos con desprecio, otros con admiración, escuchaba risas y murmullos. Empecé a temblar y no precisamente por el frío. Me preguntaba si era por mi vestuario mientras me acomodaba la falda, aquellas miradas me gritaban en silencio que aún seguía siendo “Fernando”. Seguí caminando con mi amiga, a su paso, las miradas parecían rozarla, No había palabras, solo pupilas inquietas y murmullos que la perseguían como sombras. Sin tocarla, la despojaban; sin nombrarla, la reducían. Y, aun así, ella seguía avanzando a mi lado.

Abrí los ojos con el corazón a mil: resonaba el eco de aquellos cuerpos, sus voces eran una estaca en mi alma. Miré a mi alrededor, el cuarto era el mismo, pero ya no me sentía tan sola, traía el peso, la impotencia, la nostalgia y la tristeza de quienes habían sido olvidados, de quienes habían sido hostigados, de quienes habían sido rechazados e ignorados. Pero, ahora me desperté con la sangre encendida; en mi habitan piezas de seres con dolor. Diversos cuerpos que merecen una oportunidad de amar y ser amados, hoy habita en mí la memoria de voces que, aun rotas, cantan verdad y se alzan contra la adversidad.

Desperté no para olvidar, sino para recordarles que antes ese silencio abrumador ahora pide dignidad porque el dolor tiene memoria.